

Tampoco debe admirarnos semejante actitud, pues estaba muy arraigada en todos ellos la idea de que aquellos hombres no tenían otra mira que enriquecerse, y que para lograr su objeto no perdonaban medio ni omitían recurso alguno.

Sin embargo, era tal la presencia de ánimo del almirante, tal la confianza que revelaba su noble fisonomía, que algunos indios comenzaron instintivamente á señalarle con simpatía; pero la gran mayoría lo consideraba como un mónstruo, como un infame, como un usurpador.

Y al persuadirse Colon del estado de incredulidad en que se encontraba su auditorio, exclamó así:

—Esta noche se oscurecerá la luna, quedareis envueltos en tinieblas; conoceréis vuestras faltas, y temblareis ante las penas con que Dios puede castigaros.

CAPITULO LXIV.

Dios y el hombre.



IMPRESIONARON á los indios las palabras de Colon, tan solemnemente pronunciadas.

Y aun los que iban dispuestos á escuchar frases engañosas, quedaron sorprendidos ante aquel hombre privilegiado y excepcional.

Si el acontecimiento que les anunciaba hubiera sido para un plazo más remoto, se hubieran afirmado más y más en sus creencias. Pero el decirles que aquella misma noche iba á verificarse, les llenaba de confusion y espanto.

Pero á la animada conversacion y á los incesantes murmullos siguió una terrible calma; calma precursora de algun suceso extraordinario.

Nadie contestaba afirmativamente á las proposiciones que se hicieron.

Pero tampoco nadie tenia valor para oponerse y resistir. Los indios abandonaban las naves.

Y Colon quedaba en ellas muy seguro de que su estratagemma habia de dar grandes resultados.

—¿Será cierto?

—No, no; no puede ser.

—¿Y qué haremos si sucede?

—Nunca hemos visto una cosa tan extraordinaria.

—Y dice que no nos quiere mal; dice que nos quiere bien.

Pues si nos quiere....

—No lo creamos, no lo creamos, porque ya nos dijeron que nos engañaría.

—Pues no lo creeremos.

—Estos españoles saben más que nosotros, y querrán robarnos.

—Y el que nos ha hablado debe saber más que los otros. Por eso no debemos creer lo que nos ha dicho.

—¡Pero esta, esta noche!

—Me da miedo.

—Y dice que es amigo de Dios, y que Dios vino al mundo y enseñó á los hombres lo que debían hacer para agradarle.

—Que deben amarse unos á otros.

—Y perdonarse las ofensas.

—Y hacer bien á los enemigos.

—Ya caigo, ya caigo. Lo dice por él, lo dice por él. Como él es nuestro enemigo, quiere que le socorramos. No, no; no le haremos caso.

—Será un impostor.

—Entonces me tranquilizo.

—Yo había empezado á temblar.

—Creía que esta noche se hundiría la tierra y nos enterraría á todos.

—Y no nos veríamos más.

—¿A qué habrán venido aquí los españoles?

—Matarlos, matarlos.

—No me atrevería.

—Ni yo tampoco.

Esta era la conversacion de los indios cuando se retiraban despues de haber oido las proposiciones de Colon.

Y en medio de aquella soledad, de aquella tristeza, de aquel abatimiento general, parecia que el almirante queria sonreirse.

Su sonrisa era la del cristiano en el momento en que va á presenciar un triunfo providencial.

No es posible, dentro de las condiciones ordinarias de la vida, hacerse superior á una situacion tan crítica como aquella, si el Dios de la clemencia y de la misericordia infinita no se interpone entre los hombres para despertar en unos ideas grandiosas y salvadoras, y para ablandar los corazones de los otros.

El escéptico más absoluto depondría sus preocupaciones en presencia de ciertos sucesos que se prestan á una meditacion profunda.

Unas naves derrotadas y unos hombres hambrientos y enfermos, alejados de su país y situados en playas desconocidas y de gente salvaje; de gente que les consideraba como á sus más implacables enemigos, acudiendo á éstos mismos para que les diesen alimento y para que les prestasen los recursos que eran indispensables á su subsistencia, es un problema de resolucion imposible dentro de la esfera ordinaria. Y en esas situaciones tan especiales es donde debe estudiarse la influencia de la Divinidad sobre los destinos humanos.

Todo el talento de Colon hubiera sido ineficaz para vencer obstáculos tan supremos, toda su ciencia hubiera sido estéril, todo su cálculo impotente, porque los razonamientos del filósofo no pueden destruir de un golpe las creencias arraigadas entre los salvajes.

Y ¿á qué debe atribuirse el que Colon se encontrase por entonces en aquellas playas? ¿Fué la casualidad la que lo llevó al Nuevo Mundo? Fué la casualidad la que puso á prueba su sufrimiento, y la que le dió valor para sobreponerse á la deslealtad y á la ingratitud de su gente? ¿Fué la casualidad la que permitió que en instantes tan supremos pudiese anunciar á los indios un acontecimiento extraordinario, que de ser cierto habia de influir grandemente entre ellos para que mirasen en Colon un hombre superior y favorecido de Dios, y para que en vez de obedecer á los instintos de venganza que

les embargaban, templase su odio, le rindiesen obediencia y se sometiesen á su voluntad, convirtiéndose en afectuosos prójimos y en dóciles y voluntarios esclavos?

¡Pobres hombres los que no se detienen á examinar sucesos como el que nos ocupa!

¡Pobres los que sólo ven el azar en los acontecimientos que se repiten en el mundo!

¡Pobres los que no levantan su mirada al cielo y ven que Dios, desde su excelso trono, vela con solicitud amorosa por sus criaturas, y prepara para los buenos soluciones gloriosas y fecundas cuando se encuentran inundados en el piélago insondable de la adversidad!

Pero los que en todo y para todo lo grande ven la Providencia, muestran un placer supremo en reconocerla en situaciones tan terribles como en la que se hallaban el almirante y sus compañeros.

El tiempo corría velozmente.

Las provisiones de las naves estaban agotadas.

No había salvación posible fuera de la caridad de los indios.

Y los indios desconocían la caridad cristiana, y sólo se inspiraban en su corazón para tratar con amor al amigo y con saña cruel al enemigo.

Y no había entonces para ellos un enemigo tan terrible como Colón.

Apúrese, pues, la inteligencia para dar soluciones satisfactorias á un problema tan delicado y tan complejo, y la inteligencia naufragará en un mar de tinieblas.

Pero ríndase la inteligencia ante las aras de la fe, y cerrando los ojos se llenará de luz, y verá que el Omnipotente le prestará recursos sobrenaturales para hacerse superior á circunstancias extraordinarias.

Sólo así puede explicarse el suceso que se estaba realizando en aquellas apartadas regiones.

Llegó por fin aquella noche tan esperada, y que tanto preocupaba á los indios.

Porque aun los más incrédulos abrigaban serios temores.

--Esta noche es mucho más oscura que otras, exclamaba un indio.

--No, no; es que tienes miedo, le contestaba otro.

--Pues veo menos.

--Y yo también.

--Y yo.

--Teneis razón, teneis razón.

--¡Ay, ay de mí! ¡Ay de nosotros!

--¡Somos perdidos!

--¡Quién nos salvará!

--¡Perdidos, perdidos! ¡No hay salvación!

--¡La Divinidad nos castiga porque no hemos obedecido al jefe de los españoles!

Una confusa y terrible gritería atronaba el espacio. Lágrimas, sollozos, alaridos y palabras entrecortadas se percibían desde las naves.

--¡Perdon! ¡Perdon!

--¡Que se aplaque la Divinidad! ¡Que se aplaque!

--Ya creemos lo que nos ha dicho, y le serviremos como esclavos.

--Le llevaremos cuanto tenemos.

Y corrían entre las tinieblas algunos indios, corrían instintivamente hácia los buques con la esperanza puesta en Colón, en quien veían un hombre sobrenatural, y á quien querían pedir perdón á nombre de todos, rogándole que intercediese con la Divinidad.

Pero las tinieblas eran mayores, y cuando llegaron al borde de las naves la oscuridad era absoluta.

--¡Favor, favor para nosotros!

--¡Auxiliadnos! ¡Auxiliadnos!

Subieron por fin á las naves, y se afanaban los pobres salvajes por estrechar á Colon y por postrarse ante él, pidiéndole su proteccion.

—Aquí teneis lo que hemos podido traer. Aquí lo teneis. Recibidlo ahora, aunque sea tan poco; recibidlo ahora, que cuando haya luz os daremos todo cuanto tenemos.

El almirante se conmovia al ver la tribulacion de los indios, pero hubiera sido imprudente si les hubiese explicado el fenómeno; consultando á miras discretas, se retiró á su camarote.

Miéntas tanto crecia la impresion de los indios, porque aquella oscuridad tan espantosa les aterraba, y sólo esperaban las palabras de Colon para tranquilizarse.

Apareció por fin el almirante, y con voz severa y palabra afectuosa así les dijo:

—He pedido á Dios por vosotros. Le he rogado que os perdone, porque ignorabais la enseñanza sublime que nos dió cuando habitó entre los hombres; le he dicho que perdone vuestros pecados, que perdone vuestras faltas, así como vosotros tambien perdonareis á los que os ofendan.

—Sí, sí; perdonaremos á nuestros deudos.

—Sólo así es como se puede alcanzar el perdon de Dios. Si teneis rencor á vuestro prójimo, si no perdonais á los que os ofenden, ¿cómo os atrevereis á pedir perdon á Dios por las ofensas que vosotros, siendo sus criaturas predilectas, podais inferirle?

—Sí, sí; perdonamos á todos, perdonamos á todos.

—Pues Dios tambien os perdona. Id y decid á vuestro pueblo que siendo cristiano será dichoso.

Un eclipse de luna, conocido anticipadamente por Colon, le salvó de una muerte cierta

¿Quién le salvó?

¿La casualidad ó la Providencia?

CAPITULO LXV.

Desventuras sin fin.



La estancia de Colon y de los suyos en la costa de la Jamáica, es uno de los grandes ejemplos de paciencia que presenta la historia del mundo.

Es necesario reconcentrar toda la atencion para formarse una idea de los tormentos que padecieron aquellos infelices, del horrible martirio que sufrió el gran hombre á quien la Providencia habia encomendado una de las más importantes y más trascendentales misiones que ha confiado en el mundo á las almas privilegiadas.

Todo esto una semana, un mes, aun puede concebirse.

Pero un mes y otro.... hasta diez.... un invierno, una primavera, un otoño.... ¡Esto es el colmo del infortunio!

Ocho meses habian transcurrido desde la salida de Diego Mendez y de Bartolomé Fiesco, y en aquel tiempo no habia pasado un solo dia sin que Colon abrigase y perdiese la esperanza de ver llegar á Fiesco, ó por lo ménos un buque enviado por Ovando con la noticia de que Mendez habia partido para España.

Algunas veces descubrian á lo léjos canoas indias, que parecian dirigirse á la costa en donde estaban, y se lisonjaban de que fuesen mensajeros de prósperas nuevas; pero su ilusion no tardaba en desvanecerse.

Las canoas pasaban de largo, ó iban á desembarcar á sus